

Producción y consumo

Por J. M. G.

Normalmente, la producción debe ser regulada por el consumo, debe tener por ley la satisfacción de las necesidades humanas. Pero, gracias a lo que llamamos progreso, las cosas no son así. La producción va impulsada por la codicia y la ambición de quienes producen. Y llama en su ayuda a la técnica más refinada. Como potro sin freno, allá va la técnica hacia la meta de una producción sin fronteras. Naturalmente, la productividad necesita a toda costa un consumo que nunca se pare. Hay que buscar salida urgente a los productos que, sin cesar, se acumulan. Nadie quiere bridar al potro y tirar con ambas manos de las riendas. Por consiguiente, hay que buscar consumidores. Si no existen o escasean, hay que producirlos también. A ello acude todas las mañanas una publicidad trepidante. Con ella se logra crear necesidades artificiales y, por consiguiente, hacer desgraciados a los que no saben o no pueden satisfacerlas. La imaginación publicitaria vence a la imaginación de consumidores en potencia. Créditos, pagos a plazo, premios a los compradores—que se cargan, naturalmente, sobre el precio de los productos—, visitas a domicilio, rebajas de verano o de fuera de temporada; en fin, todo lo que ya sabemos y otras trampas secretas. Así, producción, publicidad y consumo (esa triple invención del diablo) están en circulación permanente, como una cadena sin fin.

¿Adónde vamos? ¿Se consigue así el progreso augurado por el maquinismo incipiente de los albores del siglo pasado? Eugenio Montes señalaba, hace algunos años, esta terrible y creciente angustia de nuestro tiempo. Es la sensación de que ya no podemos pararnos, de que no podemos dejar de producir; esa indomable voluntad de potencia que no nos deja vivir ni nos deja morir en paz. Pero ¿las cosas tienen que ser necesariamente así? Frente a esas necesidades artificiales y ficticias

J. M. G.

de unos pocos están esas otras necesidades primarias y originales, sin cuya satisfacción muchedumbres incontables de seres humanos se agotan cada día. Frente al hambre, inventada, de productos estrambóticos está el hambre, realísima, de millones de criaturas. ¿Por qué no acudir a estas otras necesidades con una cadena sin fin de productos primarios, que no se agotaría nunca? ¡Ah! Pero esta otra cadena no sería rentable, no llenaría las arcas, ya tan exuberantes, de los productores. ¿A qué producir, si no ganamos y nuestras cuentas corrientes no engordan? Sobre el potro alocado de la producción cabalgan la codicia y la ambición de poderío. ¿Estoy haciendo demagogia?